

Intento enfocar la vista.

4.06 AM.

Mierda.

El mismo sueño.

El agua del grifo esta fría y por la espalda me caen las gotas que se escapan del cuello.

No quiero ni mirarme en el espejo, me giro, apago la luz y vuelvo a la habitación.

Al llegar al cuarto veo la sudadera colgada en la manilla de la puerta. Qué demonios.

No me voy a dormir.

Hace frío. Aún es de noche. Me viene a la mente una frase familiar, en un tono familiar.

“Aun no están puestas ni las calles”

Y pienso en ella.

Intento recordarla con todas mis fuerzas, hasta llego a cerrar los ojos para concentrarme.

Cada día que pasa es más difícil.

Entonces pienso en ella cantando, en su tono de voz, en la canción, en la letra, en ese estribillo que siempre cambiaba a su parecer. Y consigo ver su cara, su pelo. Lleva ese jersey que le regalamos por Navidad, ese marrón gordito.

Me mira y me pregunta si puedo peinar y arreglarle el pelo, en su peluquería hay una chica de prácticas y le tiene miedo. Casi tanto como a las enfermeras de prácticas del hospital que le dejan el brazo morado cuando se va a sacar sangre.

Me rio y cojo el peine que me ofrece, huele a colonia.

Tiene el pelo más bonito que he visto, es rubio, casi blanco, ella dice que natural.

Sé que no, pero no discutimos, la dejo pensar que me lo creo.

Llaman por teléfono y levantándose de la silla me dice que abre ella.

- No hace falta amama, ya cojo yo – y le señalo el teléfono, sonriendo, con una pizca de “ya te vale, no te enteras”

Abro los ojos para darme cuenta de que llevo 100 metros con ellos cerrados y doy gracias en silencio por no haberme chocado contra nada en el camino.

¿Conoces esa sensación en la tripa cuando algo ha pasado y eres incapaz de cambiarlo?

De haber perdido la oportunidad, de no haber sido capaz de hacer algo, de poner en duda si estuviste a la altura de las circunstancias.

Yo siento eso cada vez que pienso en la clase de vida que desearía ella que yo viviera, luego me doy cuenta de que estoy viviendo por ella y por mí, y me prometo que nadie me cortará las alas ni me hará vivir una vida que no quiero.

Que nadie más que yo decidirá qué cosas he de sacrificar, que personas antepongo, que ilusiones me hacen levantarme cada mañana.

Quien me tocará, y a quien le devolveré el tortazo en el momento en el que yo reciba uno.

Me gusta pensar que yo valoro mi trabajo, mis horas, mi entrega y mi pasión. Mi esfuerzo y sacrificio. Y que nadie me hace de menos.

Entonces pienso que ella sufrió por todo eso, porque también hubo una vez en la que ella quiso a mi aítite.

Sí, tanto, tantísimo, que se convirtió en la sombra de lo que en verdad era.

Sin necesidad de cerrar los ojos me acuerdo de aquel verano. De esas fiestas. De la noche en la plaza y mi teléfono sonando.

- Laztana. – Es mi Ama. – ¿Estas con tu hermano y tu prima? ¿Les tienes localizados?

Les veo a lo lejos bailando con el resto, despreocupados, unos niños disfrutando del verano.

- Si ama, están aquí conmigo.

Escucho a mi aita decir algo en un segundo plano. Silencio. Oigo otras voces de fondo pero no consigo identificar de quien son.

- Tu tío está allí también, volvéis con él. Hasta que él no se marche no vengáis para aquí. No te preocupes, está todo bien.
- Ama pero...

Oigo el pitido del teléfono y sé que me ha colgado.

En ese momento no conseguía atar los hilos, me sentía perdida y me faltaba información. Mi tío se me acercó y creo que mi cara lo decía todo porque empezó a hablar sin que le preguntase.

- Parece que a aítite se le ha cruzado el cable y le ha debido de dar a amama con el bastón. Tiene una herida un poco fea y vienen ahora desde Ciudad Rodrigo para curarla. No sé más. Nosotros nos quedamos aquí. Tres niños molestando y dando vueltas por la casa es lo que menos se necesita ahora mismo.
- Pero... No. Es imposible.
- Lo imposible – Sigue diciendo él – Es que os hayamos podido esconder todo esto de algún modo. Tu amama no ha tenido una vida fácil, el carácter de tu aítite es el que es. Por eso no quería dejarla trabajar en la fábrica, decía que era trabajo de hombres. Y sin embargo la menospreciaba en casa, porque decía que no aportaba nada útil a la familia.

Preferí no romper el silencio, sentía que aún tenía cosas que necesitaba decir.

Asique me callé.

Como si entendiese que necesitaba seguir escuchando prosiguió, hundiéndome más con cada frase que decía, haciéndome descubrir a mi amama como si se tratase de una extraña.

- Cuando éramos pequeños, estas cosas pasaban muy de seguido. Tu aita y yo no podíamos hacer nada, éramos unos cobardes que lloraban en silencio cada vez que el levantaba la mano. – Se pasa la mano por el pelo con un gesto nervioso y sigue. - Según fue pasando el tiempo empezó a respetar que nosotros estábamos allí, que no íbamos a dejar que la tratase de aquella manera. Era su saco de asalto, su presa fácil, el objetivo al que atacar para esconder su propia debilidad. Vaya si lo conseguía.

En ese momento volví a mirar hacia mi hermano y mi prima y egoístamente, pensé que me hubiese gustado estar con ellos y ser ajena a todos los esquemas de mi niñez que acababan de derrumbarse por completo.

Entonces es cuando me viene un escalofrío desde la base de mi espalda. Y sin quererlo vuelvo a construir unas murallas tan altas que no dejan ver lo que hay detrás, que me protegen de caer en el mismo error que ella, de momento.

Esta noche vuelvo a la cama con el último trozo del sueño de ayer.

Mi amama, en el pueblo, colgando la ropa en el huerto con una cesta de mimbre en el suelo. Yo la espero sentada, debajo de la gran cuerda y cada vez que se agacha a por una prenda le doy dos pinzas.

Atontada, me quedo mirando la torre de la iglesia vieja, mientras de manera automática, sigo dándole pinzas.

Ella termina, y cuando se agacha a recoger la cesta le tiendo otras dos, sin darme cuenta que ya ha terminado. Como tarda en cogerlas me giro y veo que ya no las necesita. Aun así las recoge, se quita el delantal y lo cuelga.

- Amama, ¿Por qué lo dejas colgado? Está sucio.
- Porque significa que ya he terminado de trabajar. ¿Qué te parece?

Entonces, mi mente rebusca imágenes de mi amama sin el delantal.

Y no encuentra ninguna.

Vuelvo a mirar el delantal colgado en la cuerda, con las manchas en los bajos y pienso en el como una bandera de victoria.

Que ilusa era.